

Un mundo en crisis

*La fortaleza de la Ciudad no está en sus naves
ni en sus murallas, sino en el espíritu de sus ciudadanos*
Tucídides

por Ángel Tello

Resumen

La situación internacional presenta todos los elementos que llevan a considerar la eventualidad de conflictos mayores en escenarios diversos. Desde una mirada fundamentalmente política y secundariamente económica, podemos afirmar que la globalización no sólo ha generado crisis y concentración obscena de las riquezas, sino que también constituye una amenaza a creencias, valores e identidades afectadas. De allí, valor de lo negativo, las antítesis conformadas por nacionalismos, religiones, particularismos, etcétera. En este contexto se propone para resguardar el "orden" mundial una suerte de novedosa configuración imperial hegemonizada ideológica y militarmente por las potencias occidentales, bajo conducción norteamericana. Todo ello configura escenarios de conflictos en los cuales los intereses se encapsulan dentro de valores contradictorios.

Palabras clave

Imperio - amenaza - globalización - política - crisis - economía - Estados Unidos

Abstract

The international situation presents all the elements that lead to considering the eventuality of conflicts in various scenarios. From a fundamentally political and secondarily economic viewpoint, we can say that globalization has not only generated crisis and obscene wealth concentration, but it also constitutes a threat to the beliefs, values and identities affected. Hence, value of the negative, the antithesis of shaped by nationalism, particularism, religions, etc. In this context, it proposes to protect the "world order" a sort of novel imperial configuration hegemonized ideological and militarily by the Western powers, under American leadership. All this sets up scenarios of conflict in which interests are encapsulated within contradictory values.

Key words

Empire - threat - globalization - politic - economy - crisis - United States

En los últimos veinte años se produjeron cuatro acontecimientos mayores que marcaron de manera importante el escenario internacional y su probable evolución.

El primero de ellos tuvo lugar en 1991 con el derrumbe de la Unión Soviética, precedido dos años antes por la caída del Muro de Berlín y constituyendo un hecho mayor que marcó el fin de la bipolaridad existente hasta ese entonces en el mundo. Sobre ello mucho se ha escrito y hablado, pero una consecuencia a señalar de este cambio es el posicionamiento de los Estados Unidos como única superpotencia y que comenzará a considerarse—luego de la Guerra del Golfo de 1990-1991—como a un nuevo tipo de imperio en crecimiento, y a la configuración mundial de las relaciones de fuerzas como unipolar. También es importante destacar que la presencia de la URSS, tanto como la de los Estados Unidos, ofrecía un marco de certezas y valores compartidos a aquellos que procuraban cambiar un orden que consideraban opresivo o injusto; con la extinción de la primera no sólo desapareció una gran potencia, sino que se hundió un marco de referencias, tanto en el Este como en

Ángel Tello

angelpablottello@hotmail.com

Licenciado en Ciencias Políticas y doctorando en Relaciones Internacionales. Profesor titular de la cátedra Relaciones Internacionales y Comunicación, Facultad de Periodismo y Comunicación Social, Universidad Nacional de La Plata (UNLP), Argentina. Profesor del Seminario en Relaciones Internacionales de la Escuela Naval Militar, en conjunto con la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la UNLP. Docente en diversas materias a nivel posgrado e investigador en política internacional, globalización y seguridad y defensa.

Artículo:

Recibido: 28/06/2012

Aceptado: 27/07/2012

el Oeste, predominando a partir de ello la incertidumbre en los planos político, ideológico y estratégico.

El segundo gran acontecimiento ocurrió el 11 de septiembre de 2001 (11-S) con los atentados terroristas en Washington y Nueva York. Estos hechos mostraron el mundo una nueva realidad a partir de la cual los Estados Unidos ya no eran invulnerables, el territorio no conformaba más aquel “santuario de libertad ubicado entre dos océanos” y podía verse afectado por los conflictos que conmocionaban al mundo. Estos episodios ubicaron también en un primer plano el tema de las creencias y valores de individuos y grupos, equivocados o asesinos para algunos, mártires para otros, que otorgan más importancia a sus creencias religiosas y a la recuperación de una identidad que se considera perdida, que a la posesión de bienes materiales o su mismísima vida

El tercer acontecimiento estuvo marcado por la caída de la compañía financiera norteamericana Lehman Brothers en 2008 y las consecuencias de la misma tanto sobre la economía de los Estados Unidos como las europeas, consecuencias que se mantienen hasta nuestros días y que muchos consideran como la crisis más grave del mundo capitalista ocurrida desde 1929. Este hecho puso sobre el tapete la enorme irracionalidad de la especulación financiera y los gigantescos beneficios por ella generados, que llegan sólo a algunos privilegiados, como aquel broker de Nueva York que había gastado un millón de dólares en construirse un baño en su oficina. “Codicia” pasó a ser el término de moda para designar a estos individuos que se aprovecharon para su accionar de un contexto ideológico fuertemente influenciado por lo que se ha dado en llamar fundamentalismo del mercado, el individualismo a

ultranza y el sálvese quien pueda; dicho de otra manera: por aquello que conforma el sustento teórico esencial del neoliberalismo.

Para tener una idea más precisa de qué estamos hablando, hacia fines de junio de 2006 en un sólo día giraron, en los distintos Mercados de Divisas y Bolsas del mundo, una cifra astronómica de 26 billones de dólares, es decir algo menos del doble del PBI anual de los Estados Unidos, de los cuales, sólo el 3% se relacionaba con la producción de algún bien, el resto era especulación pura.

¿Qué reveló y revela esta crisis? Que, como bien lo ha señalado a propósito de la misma el ex presidente de Alemania Horst Köhler, todo el mundo aspira a ganar dinero sin romperse la espalda trabajando. Resulta sumamente ilustrativo lo que al respecto señala Pascal Boniface: “Es una crisis mundial, no una crisis europea. La causa fundamental es el desarrollo del capitalismo financiero en detrimento del capitalismo industrial, la búsqueda de beneficios a muy corto plazo y la falta de regulación de los flujos financieros que hace que algunos se beneficien rápido y otros están en la miseria” (2011: 2). Pudiendo agregar la observación de George Soros relativa a que uno de los problemas centrales es que los ciudadanos de los países desarrollados gastan más de lo que producen. Parafraseando a los clásicos, debemos coincidir una vez más con Adam Smith y David Ricardo cuando señalaban al trabajo como fuente del valor.

Esta crisis, hasta el día de hoy no resuelta, puso en evidencia la falacia del neoliberalismo acerca de que el Estado es el problema y no la solución, en particular cuando el mismísimo Estado norteamericano destina subsidios masivos del tesoro para auxiliar a los bancos y empresas au-

tomotrices, como ha sido el caso de la General Motors en Detroit.

Algo similar está aconteciendo en estos días en Europa, con la evolución de la crisis en Grecia y la posibilidad de que algo parecido ocurra también en España, Portugal, Irlanda, Italia. En estos casos el auxilio financiero es ofrecido por Alemania –sin poder evitar que al día siguiente de la votación de la ayuda en el *Bundestag* se produjera una nueva caída de las Bolsas europeas–, lo que para algunos no es suficiente, y en un contexto marcado por el crecimiento de los nacionalismos, cuando no discriminación y xenofobia. Para tomar un caso, durante 2010 Hungría le otorgó la nacionalidad a más de dos millones y medio de personas de etnia magiar, que actualmente habitan en Serbia, Rumania, Eslovaquia y Ucrania. Como lo señala el diario *El País* en su edición del 25 de septiembre de 2011: “Primero se da nacionalidad y luego viene la reivindicación territorial de efectos incalculables. En Europa, las desgracias siempre empiezan por los Balcanes y Grecia forma parte de ellos”.

¿O será que estamos asistiendo a una confrontación despiadada entre el euro versus el dólar estadounidense, asociado éste a la libra esterlina? Recordemos al pasar la curiosa ¿coincidencia? que apareció entre la invasión a Irak en 2003 por parte de los Estados Unidos y Gran Bretaña, y el hecho de que Saddam Hussein, unos meses antes de la misma, empezara a cobrar las exportaciones de petróleo en euros, en vez de dólares.

Uno de los resultados que arroja esta crisis muestra que los Estados nacionales vuelven a instalarse en el centro de la escena, sin haber desertado totalmente nunca de la misma, aunque reducidos a un rol secundario, aún subsidiario, por el discurso único de la globalización.

Sin embargo, la última palabra aún no fue dicha, y el debate actual se plantea en términos de a quién corresponde asistir en la emergencia que plantean las economías desarrolladas; en los casos de Europa y los Estados Unidos el auxilio estuvo y está actualmente dirigido, principalmente, para beneficiar a los bancos y al sector financiero (hecho que ha generado no pocas críticas, particularmente de los premios Nobel de Economía Paul Krugman y Joseph Stiglitz), no así para ayudar a los ciudadanos que ven recortados los gastos de salud y educación, el incremento de la desocupación, el aumento de los impuestos, etcétera, y constituye el eje de los reclamos de los autodenominados indignados en Madrid, Roma, París, Atenas y Wall Street. Debate que desnuda un nuevo intento de retorno del neoliberalismo mediante la imposición de ajustes draconianos, como es el caso de Grecia hoy, pero a los cuales deberán someterse en grados distintos España, Italia, Irlanda e Islandia, ajustes comprendidos en una gigantesca ofensiva de los sectores del privilegio y cuya fuerza de choque cada vez más está representada por las sociedades calificadoras de riesgo.

En definitiva, de lo que se trata es de quién paga la crisis y los platos rotos de una fiesta que ha terminado; por estas razones estas políticas generan cada vez más resistencias y oposiciones, llevándose puestas a las organizaciones y partidos políticos que no se hallan a la altura de las circunstancias, tal como puede observarse en algunos casos con la socialdemocracia española, muy probablemente la griega, no hace mucho tiempo el laborismo británico y el Partido Demócrata en las

elecciones presidenciales norteamericanas de 2012.

La globalización, que tuvo un impulso importante a partir de la desaparición de la URSS y sustentada en su correlato ideológico neoliberal, generó una gigantesca transferencia de riquezas desde los sectores más desfavorecidos en el mundo hacia los más favorecidos. Por ejemplo, según el Banco Mundial que provee datos de 2007, 384 personas en el mundo disponían en ese tiempo de una riqueza anual equivalente a la obtenida durante el mismo período por el 46% de la población mundial, tendencia que no se ha visto invertida en la actualidad; aun en los países más desarrollados este proceso trajo aparejada también una fuerte concentración de las riquezas, el caso norteamericano –pudiendo citar en el mismo sentido el británico o el francés– es ilustrativo, cuando se observa que los impuestos sobre las ganancias pasaron de más del 80% en los años sesenta a menos del 30% en tiempos de la revolución conservadora de Ronald Reagan. Aquella conocida y difundida “teoría del derrame”, según la cual el mercado derrama espontáneamente sin una necesaria acción política de por medio, resultó falsa: el mercado –que sin contención política se asemeja cada vez más a la jungla– no sólo no derrama espontáneamente sino que concentra cada vez más, tal como de manera reiterada ha sido señalado por informes de la ONU y el Banco Mundial.

Nos ilustra Jean-Paul Fitoussi al respecto cuando se refiere al mito de la cuasi racionalidad del mercado, similar al mito del legislador racional: “El mercado anónimo ha triunfado en todas partes, pero tiene un designio misterioso. La mayoría de

los comunicadores habla de él como una persona dotada de capacidad de producción y de poder. Se dice, por ejemplo, que el mercado aprueba o sanciona la política de tal o cual gobierno. Sin embargo, el mercado no es Dios que vino a la tierra después de la caída del socialismo. Sólo es un método cómodo y eficaz de los economistas para hablar de los recursos que serán afectados a los usos más productivos: por ejemplo, en las oportunidades de inversión” (1998: 1823).

El mercado ha funcionado y funciona como producto de una relación histórica entre los seres humanos, transformar al mismo en una ideología cuando se trata de un instrumento es inapropiado, más aún cuando esta presunta “ideología” sirve para legitimar el enriquecimiento obscuro de algunos en perjuicio de los más.

El caso de la Argentina es significativo para comprender los efectos perniciosos del neoliberalismo: según datos aportados por el funcionario de la ONU, Bernardo Kligberg, la brecha entre el 10% más rico y el 10% más pobre pasó de 18 veces en 1993 a 24 veces en 1998, llegando a 26 veces en el año 2000 y situándose en torno de las 32 veces en 2008.

Individualismo, éxito fácil, la realización del ser humano a través de la acumulación de riquezas y objetos, la declaración de la obsolescencia de los instrumentos de acción colectiva, tales como el Estado, los partidos políticos y/o diversas asociaciones, todo ello para reducir, cuando no eliminar, las antiguas y siempre vigentes e irremplazables nociones del bien común y el interés general: éstos son los postulados básicos del fundamentalismo del

mercado. Durante los años noventa, por ejemplo, aquel que no se veía tocado por la varita mágica de la fortuna globalizada, atribuía su fracaso a motivos de índole personal por no sentirse a la altura de la demanda que una nueva realidad, cruel y competitiva, imponía. Esta situación vivió un cambio importante –en lo que a nuestro país respecta– desde el año 2001 cuando los argentinos advirtieron que, en realidad, no se trata de fracasos o éxitos individuales sino de un sistema perverso que salva a pocos y condena a la mayoría, generando reacciones violentas de resistencia, algo parecido a lo que hoy puede observarse en algunas naciones europeas y en los Estados Unidos, aunque en una dimensión todavía menor y en pleno desarrollo en este último caso.

También nos decían en los noventa que la economía debía ser considerada casi como una ciencia “exacta”, gozando el mercado al mismo tiempo de un estatus cuasi divino cuando, tal como la dura y testaruda realidad se ha encargado de demostrarlo, se trata de una construcción humana, insertándose mucho más en el área del conocimiento que conforman las ciencias sociales que en el de las físico-matemáticas, sumamente ilustrativa al respecto es la caracterización que el profesor de Stanford, Lewis Lapham hace, con bastante ironía, al respecto: “Según los sofistas al servicio de la administración de Reagan, aprobados luego por sus sucesores de los gobiernos de Bush y Clinton, la base intelectual de la riqueza y la felicidad de Norteamérica reposa sobre cuatro pilares de sabiduría eterna:

1. un Estado fuerte por definición es marxista, sinónimo de derroche e incompetencia, una conjuración de imbéciles indiferentes al bienestar del hombre común. “Estado fuerte” quiere decir pesada buro-

- cracia, pobreza, indolencia y enfermedad;
2. la mundialización es la octava maravilla del mundo, la luz de las naciones y la coronación de todos los deseos. Nada debe obstaculizar sus sagrados misterios y su juicio infalible;
3. el arte de la política (lamentablemente humano y en consecuencia corrupto) debe inclinarse ante las ciencias económicas (maravillosamente abstractas y por lo tanto irrefutables);
4. cuando son los mercados quienes determinan la política, financian las tropas y construyen la oración, ¿qué utilidad tienen los principios políticos y filosóficos? ¿Para qué tener hombres de Estado y políticos si no hay necesidad de memorizar sus nombres y discursos?

Hemos llegado al fin de la historia. El nuevo orden económico mundial se ha impuesto a los últimos escépticos oponiéndose a los engaños del comunismo soviético” (2002: 152).

Resulta aquí interesante mencionar a modo de ejemplo el pedido realizado por los norteamericanos a los acreedores europeos de Irak, después de la invasión de 2003 –pedido que fue puntual y prolijamente satisfecho– a los efectos de eliminar una deuda contraída por Saddam Hussein del orden de los 30 mil millones de dólares. El argumento esgrimido, entonces, fue que la misma había sido tomada por un dictador sanguinario y no se le podía imputar al pueblo iraquí una vez eliminado éste, lo que demuestra de manera contundente la naturaleza esencialmente política y social de la economía, cuando razones de índole geoestratégicas imponen otras decisiones. ¿O acaso gran parte de las deudas externas de los países latinoamericanos no han sido contraídas, también, por dictadores? Sin

entrar en detalles acerca del rol humano y político en un sentido amplio, jugado por los brokers y operadores financieros de Wall Street y otras Bolsas del mundo en la crisis de 2008.

Contrariamente a lo que muchos han pensado y piensan en la actualidad, no existen leyes económicas y sociales de cumplimiento obligatorio y debemos, en consecuencia, hablar más de posibilidades y probabilidades, de tendencias, todo ello en un contexto marcado por la irrupción de lo político, como expresión altruista y solidaria de lo colectivo. Como bien lo observaba en su tiempo Raymond Aron: “Las máquinas no hacen la historia, ayudan a que los hombres la hagan”.

El cuarto acontecimiento de los mencionados al inicio de esta presentación se vincula con la nueva realidad que desde hace algunos años representan los países denominados emergentes y, en particular, el caso de la República Popular China.

China, potencia emergente de enormes dimensiones, conducida por el Partido Comunista (PC) desde 1949 y habiendo atravesado diversas etapas de ajustes, errores y conflictos internos, conoce en la actualidad índices de crecimiento económico que la ubican como segunda economía en el mundo por detrás de los Estados Unidos y por delante de Japón. De perdurar estos índices, muchos pronostican que superará a los norteamericanos en algo más de diez años. Recordemos al pasar aquel estudio realizado en su tiempo por el sociólogo Immanuel Wallerstein cuando concluía que las dos grandes guerras mundiales del siglo XX habían estallado cuando se intentó cambiar el centro del poder en el mundo.

China ha efectuado una buena lectura marxista del capitalismo, particularmente cuando ésta se re-

fiere al trabajo como fuente genuina del valor y para lo cual, en muchos casos, aplica condiciones laborales que no envidiarían a las existentes en las minas británicas durante el siglo XIX y oportunamente denunciadas por Karl Marx.

En lo político, la realidad está señalando que el PC chino apela cada vez más al nacionalismo como factor de cohesión de la sociedad en reemplazo del marxismo-leninismo añadiendo, además, los principios tradicionales de la filosofía de Confucio que ponen al trabajo como objetivo final de la vida humana, en una construcción que se asemeja bastante a la cultura protestante analizada en su tiempo por Max Weber. Según estos puntos de vista, los humanos se redimen por medio del trabajo y la acumulación de riquezas frente a un Dios lejano e inaccesible. Un dato que viene al caso aquí es aquel vinculado con la crisis de los mercados financieros de 2008 y su correlato con el sistema productivo, particularmente el relacionado con la fabricación de automóviles en los Estados Unidos a partir de las dificultades que encontraron General Motors, Ford y Chrysler para competir exitosamente con sus rivales asiáticos. El salario medio por hora de un obrero altamente especializado en Detroit alcanzaba aproximadamente los 78 dólares antes de la crisis, mientras que en Toyota o Mitsubishi, en Japón, un operario percibe 35 dólares y en China 18 dólares, con idéntica calificación, por el mismo trabajo e igual cantidad de tiempo. Hoy China es el primer constructor de automóviles en el mundo y el 75% de los artículos que la cadena de comercialización Wall Mart coloca en sus góndolas es *made in China*.

Además de transformarse en un consumidor voraz de materias primas de todo tipo, China plantea un desafío mayor a la *doxa* neoliberal a partir de una fuerte presencia del Estado en el crecimiento de la economía, cuestionando también aquella idea occidental de que el desarrollo capitalista va necesariamente unido al fortalecimiento de la democracia. En realidad, lo que China está mostrando es que no existe una receta única y universal en lo político y en lo económico para el crecimiento, y que el mismo se apoya en un factor inmaterial como es la confianza, es decir, el conjunto de valores, ideas, creencias, tradiciones y principios que dan vida y sustentan a una sociedad, contexto frente al cual el mercado viene a ocupar una posición secundaria.

Dice bien Fitoussi cuando observa que más que en economías de mercado vivimos en democracias de mercado. En esta caracterización del sistema que nos rige, cada palabra es importante ya que cada palabra remite a un principio de organización contradictorio. En el principio democrático, el principio del sufragio universal, cada uno cuenta por igual en la vida pública. Todos se confunden en las urnas, no existe el voto del rico y el voto del pobre. Es el principio de igualdad lo que está estructurando la democracia. En el principio de mercado, no son las personas lo que importa sino la cantidad de signos monetarios que poseen. Un dólar equivale a un voto. El que tiene muchos dólares vota mucho más que aquel que tiene pocos. Es un principio que acepta la desigualdad como estructurante.

Marx, que elaboró una teoría en muchos aspectos acertada acerca del funcionamiento de la sociedad

capitalista y sus contradicciones, fue dogmático y determinista en lo ideológico y lo político al considerar al ser humano como engranaje de una inmensa maquinaria conformada por el sistema productivo y al cual se puede programar como se programa a un ingenio mecánico. Tiene razón Alexander Yakovlev, ideólogo del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) en tiempos de Gorbachov, cuando señala autocríticamente que “la voluntad no es una fábula absurda” y que el dogmatismo de Marx lo llevó a considerar –en contra de la dialéctica– que “el ser social determina la conciencia”, sin llegar a pensar la antítesis de este enunciado en el sentido de que la conciencia determina, o puede determinar, el ser social. Nuevamente viene a la memoria Raymond Aron cuando sostenía que el marxismo es “milenario judeo cristiano más pretensión científica”.

Esto nos lleva a pensar cuál es la antítesis en este mundo globalizado y básicamente neoliberal, cuando aparece un determinado ser social que se define a partir del consumo, y sustentado en un sistema de comunicación que procura vender lo frívolo, lo material, el individualismo, la desmovilización de los sectores populares y, fundamentalmente, carente de valores trascendentes.

Gran parte de la antítesis planteada está basada en la actualidad en la oposición que ofrecen tanto los Valores Asiáticos (*Asian values*) como el Islam. Valores asiáticos que no sugieren necesariamente la existencia de un bloque homogéneo, pero apoyados en la familia, la comunidad, la protección de niños y ancianos y el trabajo tal como fue analizado en otra parte de esta presentación. Islam, que tampoco

implica una actuación unívoca, pero que para más de 1.300 millones de seres que pueblan este mundo ofrece una salida trascendente a aquella angustia existencial básica, definida por Hegel como la capacidad que tenemos los humanos de imaginar y pensar el infinito sabiéndonos finitos al mismo tiempo. Debiendo también incluir, dentro de la antítesis señalada, a nacionalismos, particularismos y regionalismos de todo tipo. De lo que se trata en consecuencia es de recuperar identidades y cohesiones perdidas, ante lo que se considera una globalización agresiva que arrasa con costumbres, creencias, valores y tradiciones sin que la misma esté en condiciones de ofrecer una alternativa superadora. De esta manera lo consideró Jean Baudrillard luego de los atentados del 11-S cuando observaba que “Occidente carece de valores trascendentes”; dicho de otra manera, Occidente perdió el monopolio del relato que mantuvo durante los últimos quinientos años, emergiendo pueblos, naciones y comunidades que aspiran a ocupar un lugar bajo el sol y a recibir una parte importante de las riquezas producidas. Como puede apreciarse, estamos asistiendo a una verdadera revolución en el mundo de la cual aún no pueden avizorarse sus resultados finales.

No nos alejamos demasiado de la realidad si afirmamos que así como durante siglos los valores aparecieron principalmente encapsulados dentro de los intereses en el desarrollo de los conflictos, hoy la ecuación se ha invertido y son los intereses quienes, de manera creciente, aparecen encapsulados dentro de valores contradictorios. Por ello, muchos investigadores hoy consideran que estamos frente a una nueva Edad Media o en una situación parcialmente equiparable

a la de las guerras de religión de los siglos XV y XVI en Europa.

En este contexto pueden ser incluidos los levantamientos contra los poderes establecidos desde hace décadas en el norte del continente africano, las denominadas “primaveras árabes”, movimientos que han contado con fuertes simpatías a nivel mundial, pero que dejan más preguntas que respuestas en lo que a su futuro respecta. Por caso, una pregunta que aparece es quién o quiénes habrán de recuperar estas movilizaciones, si tenemos en cuenta que las organizaciones políticas en presencia son muy débiles o prácticamente inexistentes, los ejércitos son una de las pocas estructuras que quedan en pie y los grupos religiosos (Hermanos Musulmanes en Egipto, por ejemplo) cuentan con cuadros, historia y predicamento, en la gran mayoría de estos países, todo ello en un marco de gran exclusión y pobreza cuando la opulencia y el lujo emergen no muy lejos, del otro lado del Mediterráneo en el sur de Europa y en manos de los potentados locales. Debemos señalar aquí que el muro ideológico de Berlín en muchos aspectos ha sido reemplazado por los muros globalizados de la exclusión y la discriminación: frontera Estados Unidos-México, muro de Cisjordania, Estrecho de Gibraltar, Mar Adriático, etcétera.

El caso de Libia merece una consideración particular pues aquí Francia, Gran Bretaña y los Estados Unidos, en el marco de la OTAN, han asumido una actitud ofensiva con operaciones militares que han ido mucho más lejos de lo que en su momento autorizó el mandato aprobado por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas; ya no se trata de proteger al pueblo libio de las políticas de un dictador, sino de intervenir lisa y llanamente mediante acciones a todas luces vio-

latorias de principios consagrados por la comunidad internacional, como los de no intervención y autodeterminación de los pueblos. También en este caso aparece de manera evidente el interés de las potencias intervinientes por un país con abundantes recursos petroleros y que motiva (¡oh sorpresa!) una gran preocupación por las violaciones de los derechos humanos que ahora han sido descubiertas. Preocupación que no genera tanta movilización en otros casos, donde también existen violaciones similares y fuertes reacciones populares, como son Siria, Barhein y Yemen. Para no hablar de las reiteradas violaciones a los derechos humanos perpetradas por Israel contra el pueblo palestino. Esto nos recuerda al descubrimiento, por parte del gobierno británico, de que en nuestro país existía una dictadura militar que violaba los derechos humanos cuando se produjo el desembarco en las Islas Malvinas en 1982.

Estamos viviendo, entonces, en una realidad signada por una nueva redistribución del poder en el mundo, con un continente –Asia– que se perfila como nuevo centro del poder mundial hacia las próximas décadas. Y tal como lo señala la ciencia política clásica, la gloria se comparte, el poder se disputa.

Por ejemplo, en el sistema anglosajón mercado y derecho son las dos caras de una misma moneda con reglas jurídicas que encuadran al mercado. La pregunta que surge es ¿a qué se asemeja un mercado sin Estado y sin normas del derecho como ocurre en la actualidad con el sistema financiero?, y una de las respuestas posibles es a la jungla, constatando en consecuencia que una de las organizaciones emergentes de esta situación es la mafia, desde el momento mismo en que la línea de separación entre economía

legal e ilegal se esfuma al no existir leyes, reglas, hábitos de comportamiento y moral en los negocios. El sistema entonces, deviene "gris" por sí mismo y por los participantes en él; todo está permitido, constituyendo la fuerza el único freno. Esto plantea un esquema novedoso en la disputa por el poder a escala global del que la violencia no sólo no ha desaparecido, sino que se potencia como mecanismo de resolución de los conflictos. Uno de los problemas centrales del actual escenario internacional es la existencia de considerables factores de poder que no cuentan con la debida legitimidad de origen, pero sí pueden complicarle la existencia a más de uno, pueblos, Estados o personas; y dirigentes, organizaciones políticas y sociales, que cuentan con legitimidad de origen, pero disponen de escaso poder para cambiar la realidad.

El cambio de sistema acaecido en 1991 no fue la consecuencia de una gran guerra como ocurrió en 1914-1918 y en 1939-1945, ello fue así debido en parte a la existencia de las armas nucleares y a que una confrontación militar generalizada entre las superpotencias habría vaciado de sentido político a la misma.

¿Podemos afirmar lo mismo ahora? Difícilmente se pueda realizar un pronóstico cerrado cuando predomina la incertidumbre tanto en lo político como en lo estratégico. Cuando China está invirtiendo sumas considerables y en aumento en el sector militar, al mismo tiempo que reivindica oficialmente la figura del almirante Heng Ze, quien a inicios del siglo XV construyó una inmensa flota y llegó durante el año 1421 a las costas americanas, tal como lo han comprobado diversos historiadores navales.

Difícilmente cuando los Estados Unidos, potencia en crisis pero todavía la primera a escala global, disponen en la actualidad de un despliegue de más de ochocientas bases y facilidades militares en el mundo, gran parte de las cuales rodean a China. Al mismo tiempo que académicos, expertos y funcionarios, de manera creciente hablan públicamente de que una confrontación con el gigante asiático es posible en el futuro, se arrogan el derecho de la vida y la muerte de aquellas personas que son calificadas como terroristas sin otorgarles el derecho a defenderse en un juicio justo, y en el caso del continente americano activan la IVª Flota, con el argumento de intervenir en el caso de desastres naturales y ayuda humanitaria.

Se plantea, en consecuencia, la cuestión acerca de cuál es el orden emergente en este nuevo y cambiante escenario mundial, si es que se puede hablar de orden. Aparecen dos pulsiones: una que indica que podemos dirigirnos hacia una novedosa configuración imperial sostenida por algunas naciones europeas, con centro en los Estados Unidos y la OTAN, como brazo armado y fuerza de intervención *urbi et orbe*. La otra pulsión se basa en el derecho internacional y en el respeto de las normas y principios por él mismo establecidos, con la vigencia de más democracia, diversidad e igualdad a nivel global, de manera tal que permita el progreso de las naciones y los pueblos, el respeto de las diferencias, un reparto más equitativo de las riquezas y consoliden definitivamente la paz.

La situación actual del mundo, lamentablemente, nos lleva a considerar la primera opción como la más probable, dados los conflictos en

curso y sus eventuales evoluciones futuras. Una luz de esperanza nos permite abrigar las movilizaciones masivas de personas, espontáneas en su mayoría, que no aceptan la imposición de un orden injusto y desigual y que aspiran de manera creciente a adueñarse de su destino.

Son las acciones políticas las que se imponen en estos tiempos. Política con "P" mayúscula, entendida como actividad noble, desinteresada y altruista, como expresión y acción de los pueblos y naciones en su búsqueda de igualdad y de fraternidad, por encima de factores de poder transnacionales que responden a intereses particulares y corporativos. Sólo la política en su expresión más elevada puede impedir que el mundo se asome a catástrofes mayores.

El caso de la Argentina merece una consideración especial, pues nos encontramos en un continente y habitamos un país que alberga enormes y variadas reservas de recursos naturales, necesarios para el crecimiento económico de los países asiáticos, los cuales de manera creciente aparecen interesados en los mismos.

La globalización, tal como ha sido analizada, presenta aspectos positivos, como el crecimiento del intercambio, un incremento del conocimiento entre naciones y pueblos, el avance y la difusión tanto de la ciencia como de la tecnología, etcétera. Pero también aspectos negativos y que han sido mayormente considerados en esta presentación. De lo que se trata es de establecer de manera clara cuáles son nuestros intereses nacionales y desde allí contar con las capacidades para decidir qué nos conviene y qué no. Intereses que se pueden asociar a la integridad territorial, al crecimiento

económico, al sistema democrático y a la soberanía, entre otros; pero que esencialmente se vinculan con un conjunto de valores y de creencias compartidos.

No se equivocaba Aristóteles cuando señalaba que “existen dos tipos de ciudades, las que tienen murallas y las que no tienen murallas; aquellas que tienen murallas pueden optar entre ser ciudades abiertas o cerradas, opción de la que carecen las ciudades que no tienen murallas”.

Bibliografía

BONIFACE, Pascal. “La salida del euro sería un suicidio”, *La Nación*, Buenos Aires, 5 de octubre de 2011.

FITOUSSI, Jean-Paul. “Mercado y democracia”, en *Archivos del Presente*, Buenos Aires, Fundación Foro del Sur, N° 12, 1998.

LAPHAM, Lewis. *Le djihad américain*, París, Saint-Simon, 2002.